



XXXIII

Le ví desde la ventana del despacho, á eso de las diez, jinete en una soberbia mula de magnífico andar. ¡Qué bien que se sostenía el anciano en su caballería! De fijo que el P. Herrera fué todo un charro allá en sus mocedades. ¡Vaya con el simpático viejecillo! Al verle con su blusa blanca que dejaba ver los pliegues de la recogida sotana, con el sombrero de jipi, el paño de sol y el abierto paraguas, se me antojó el tipo más hermoso del cura de aldea. Pálido y expresivo el rostro, naricilla aguileña y muy dulces los azules ojos, el buen sacerdote me cayó en gracia. Seguiale, á guisa de caballerango, un muchacho trigueño, guapo y bien dispuesto, de pantalón ceñido y jarano galoneado, que, por lo

arrestado y vigoroso, contrastaba singularmente con el aspecto manso y bondadoso del clérigo.

Iban lentamente. Tal vez habían pernoctado en alguna hacienda, de donde salieron á la madrugada, para llegar temprano á Villaverde. Atravesaron la Plaza con dirección á la Parroquia. No tardé en oír una campanilla que llamaba á misa.

Hasta entonces, fuera porque eso halagaba mis deseos, fuera porque la carta del P. Herrera no era terminante, me había perseguido mentira el temido viaje de la joven; pero al ver al clérigo me dió un vuelco el corazón, como si alguno me dijera: «¡Tu Linilla se va!...» Se iría, sin duda. El cura estaba ya muy viejo, no le faltarían los achaques de la edad, y nada más justo que Angelina estuviese á su lado. Tiré la pluma, crucé los brazos sobre la mesa, y me puse á pensar, desalentado y triste, en la partida de la joven. Por fortuna llegó Castro Pérez, y fué preciso ponerse á trabajar. Dos ó tres veces escribí una palabra por otra; eché á perder una hoja de papel sellado, y estaba yo á punto de decir: «¡No sigo escribiendo! ¡Estoy enfermo!...» cuando dió la una.

Corrí á la casa. El P. Herrera conversaba en la sala con mis tías, y Angelina arreglaba la mesa en el comedor.

No me sintió al llegar; me tenía á su lado y no me había visto. Me acerqué de puntillas y le tapé el rostro con mi pañuelo.

—¡Jesús!—exclamó—¡Qué susto me has dado! Ya vino papá... ya vino... y...

—¿Y qué?—pregunté ansioso.

—Dice que viene por mí; que está enfermo; que señora Francisca está más chocha cada día... En fin, que el viernes nos iremos...

—Y tú... ¡contenta como una sonaja!... ¿no es verdad?

—¿Contenta yo? Sí; tienes razón. Quiero irme para no verte, para olvidarte... porque te odio, te aborrezco!...

Luego, agregó en tono de regaño:

—Vaya vd. á la sala: vaya vd. á saludar al señor cura. Ya preguntó por vd.

—¿Preguntó por mí?

—Sí; quiere conocer esta buena alhaja.

Y cambiando de acento, festiva y urgente:

—Anda, anda! Te verían entrar y dirán que estás aquí, charlando conmigo. Déjame, que deseo acabar.

Fuí á la sala. Allí estaban mis tías. Después de la presentación oí con espanto que Angelina no me había engañado. El anciano tenía resuelto llevársela. Lamentaba la separación, porque, al fin, la *muñeca* estaba allí muy bien. Pero había falta, hacía falta en la casa cural.

—Ya estoy viejo,—repetía el sacerdote—el mejor día me da un supiritaco y no tengo quien me vea. . . . Pancha está peor que yo. . . .

Mis tías lamentaban la ida de la joven, pero no se atrevieron á contrariar al padre. Se limitaron á rogarle que la trajese de cuando en cuando.

El buen señor me trató con mucho cariño. Cuando supo que no volvería yo al colegio, exclamó:

—¡Qué se ha de hacer! ¡Conformarse con la voluntad de Dios! ¿Cuándo me mandan ustedes á este muchacho? . . . Que vaya á pasar conmigo algunos días. Le mandamos la mula; sale temprano de aquí, y en la noche estará con nosotros.

Acepté la invitación.

—Cualquier día, señor cura. . . . tendré mucho gusto. . . .

Angelina se presentó en la sala.

—¡A comer, papá! Vamos, que sólo tiene vd. en el estómago una taza de té!

—Vamos, *muñeca*, vamos;—contestó lentamente, levantándose del sillón—dame tu brazo. . . . Ya tu papá está muy cascado. . . . ¡Ha trabajado mucho! . . . Los años no pasan así, como quiera, sin estropear á uno. . .

Entre tía Pepa y yo llevamos á la enferma á su cuarto. No quiso ir al comedor.

—No estoy para eso. . . . ¿No ven que he vuelto á la primera edad y que tengo que comer por mano ajena?

Angelina parecía haberse olvidado de mí; no me dirigía la palabra, no me miraba, como temerosa de que el anciano sorprendiera nuestro amor. Charlaba alegremente, con ingenuidad de chiquilla, hacía reír al sacerdote, y no cesaba de recordarle cosas y sucesos de otro tiempo.

—Digo bien, digo bien, *muñeca*: cuando estés allá voy á ser otro. . . . Tendré con quien hablar, con quien reír. . . . ¡Ya verás que alegría en aquella mesa! Allá no faltará un buen mozo, algún ranchero rico, y te casaré. Don Rodolfo,—agregó, dirigiéndose á mí y desplegando la servilleta, mientras Angelina servía la humeante sopa,—queda vd. invitado á la boda!

La joven se encendió. El anciano levantó la cara para verla, y continuó:

—Nada más que allí no se estilan vestiditos blancos, ni velos, ni coronas de azahares.

Angelina hizo un mohín.

—¿Me quiere vd. tener contenta? Pues no le diga vd. á su *muñeca* todas esas cosas. . . .

—¡Vaya, vaya! ¿Enojadita estás? Pues, chitón por ahora! Allá, cuando te cases, (que te casarás, porque ya no hay conventos, y tú no tienes cara de monja) no le faltarán al señor cura de San Sebastián algunos durillos para que vayas al altar hecha una princesa. Cuando para hacer rabiar á Pancha le hablo de esto, gruñe no sé qué perrerías, y dice: «¿Casarse la niña? ¡Dios nos ampare! ¡Si no hay gandul que se la merezca! . . . » ¿Tú qué dices de eso?

—Pues yo digo,—replicó Angelina con viveza,—que lo que señora Francisca quiere, es que su Linilla se quedé para vestir santos!

Reía el señor cura y reíamos todos. Tía Pepa observaba en mi rostro el efecto que me causaba aquella conversación. Angelina me vió, como diciéndome con los ojos:

—Y tú ¿qué dices?



XXXIV.

Cayóme en gracia el viejecito. Fino, afable, cortés, jovial, sin llanezas ni bromas de mal gusto, de fácil palabra y amena conversación, el P. Herrera, á pesar de sus años, parecía un mozo por la frescura de sentimientos. Le hallé tal y como Angelina me le pintara.

—Ya le conocerás—me decía la joven—es muy sencillo, muy locuaz. A veces tiene cosas de chiquillo. Por eso le quieren tanto sus feligreses. Y mira que los indios son insufribles. Dicen: *por aquí, esto, lo otro*, y no hay manera de que entren en razón. Papá los sobrelleva de un modo que á las dos palabras ya están sumisos y obedientes. Dicen que San Sebastián era antes un pueblo perdido, un pueblo de haraganes y de borra-

chos. Allí sólo las mujeres trabajaban. . . . ¡Ahora es otra cosa! Papá consiguió que le oyeran, y hoy todo anda á las mil maravillas. Ha puesto escuelas; una de niños y otra de niñas. La iglesia no es ya la que encontramos, fría, húmeda, pavorosa. Papá la ha puesto como una tacita de plata. Yo quisiera que tú la vieras. . . . Los altares lindísimos; el púlpito magnífico, nuevo, de madera muy rica, digno de un obispo; las imágenes muy buenas. . . . Una Virgen de los Dolores que es una perla; un San Sebastián que da gusto verle. Todavía quedan algunas imágenes feas. . . . pero. . . . ¡imposible! Papá dice que con el tiempo todo se consigue, y que él acabará con esos santos que parecen hechos para asustar chiquillos. Ya tú sabes lo que son los indios. Y todos quieren mucho á su cura. Una vez dijeron allá que se iba; que le mandaban á otro curato, y todo el pueblo, todito, se juntó en la plaza, para pedirle que no los dejara. Papá les dijo que no, que estuvieran tranquilos; pero ellos no hicieron caso, y más de cien fueron á Jalapa, y se le presentaron al señor Obispo. Ahora, ¡si tú vieras á mi papá! . . . ¡No pára, no pára! Temprano dice misa. Después, un rato al jardincito, una huerta muy bonita, con muchos árboles frutales.

con hortaliza, y un gallinero, ¡qué gallinero! Luego, á la iglesia, á oír confesiones, á bautizar, á cuanto se ofrece. Lástima me daba verle. En ocasiones llueve á cántaros, como llueve por allá, y vienen por él, para ir á una confesión. . . . Y allá va el pobrecillo, en su mula, á subir y bajar cerros, porque allí todo es subir y bajar. De regreso descansa un ratito, y á las escuelas, á enseñar á los muchachos, á dar lección de catecismo á las inditas. Y en la tarde: rosario, sermón. En Mayo. . . mes de María, y ¡qué altar! ¡qué flores! ¡Para flores. . . la Sierra! Ahora, si vieras qué bueno y qué bondadoso es con todos! . . . Nunca se impacienta, nunca está malhumorado. Para una cosa sí es terrible, para el arreglo de la casa. No puede ver nada fuera de su sitio. La mesa ha de estar bien puesta, sin que falte nada. ¡Cuidadito! Él dice que en las casas bien arregladas no dura mucho la tristeza; que en una mesa bien servida, aunque no haya en ella ricos manjares, ni perdices, ni lampreas, no falta la alegría. Ya tú verás, hay que andar listas. ¡Que lo diga señora Francisca! . . .

Era muy ilustrado el P. Herrera, muy instruido, sabía de muchas cosas, y se parecía por la Botánica. Era de oírle cuando se soltaba hablan-

do del movimiento religioso en Inglaterra y en los Estados Unidos. Estaba al tanto de los progresos científicos, y sin pedantería ni vanidades, así, como quien no quiere la cosa, discurría como un sabio, de Filosofía y de ciencias físicas y naturales, dando innumerables muestras de su claro talento y de su copiosa erudición. ¡Buenos ratos me pasé oyéndole hablar de religión! ¡Qué mansedumbre! ¡Qué dulzura! ¡Nada de vanos escrúpulos ni de ridículas gazmoñerías!

Tres días estuvo con nosotros; al cuarto se fué á Pluviosilla, con objeto de arreglar algunos negocios, y asistir á no sé qué fiesta solemnisima en el templo de Santa Marta. Estuvo por allá una semana. El día veinte de Febrero ya le teníamos de regreso.

El viaje de Angelina quedó resuelto. Se iría, y no la volveríamos á ver hasta que pasara la Semana Mayor. ¡Qué amargo fué para mí aquel mes de Febrero! Y para todos. Mis tías ocultaban su tristeza. Tía Pepa, siempre tan parladora, enmudeció como los pajarillos del corredor, silenciosos y tristes á la sazón por el cambio de pluma; la enferma nos parecía más abatida que de ordinario, y Angelina salía y entraba, arreglando los equipajes, mustia y cabizbaja.

No sé cómo pude trabajar durante ese tiempo. Para colmo de males tuvimos que hacer de sobra en el despacho. Castro Pérez traía entre manos un negocio muy difícil, y se le iban las horas hojeando librotos y dictando alegatos. La tarea terminaba á las mil y quinientas, volvía yo á casa entre nueve y diez de la noche, y apenas podía conversar con Linilla unos cuantos minutos, y eso delante de las tías ó del P. Herrera.....

La víspera del viaje no hubo que ir al despacho. Era domingo, y me estuve en casa todo el día. El P. Herrera se fué á comer con su grande y buen amigo el P. Solís; tía Pepa no se apartó de la enferma en toda la tarde, y Angelina y yo nos la pasamos en el jardincillo, sentados al pie de los naranjos.

—Éste—me decía la doncella, haciendo un ramillete—será el último..... ¿Quién asegura que nos volvamos á ver? ¿Quién me asegura que volveré á esta casa, donde he pasado los días más felices de mi vida? Me separo de tí, y no me sorprende la separación. Así la esperé, así la temí, no sólo porque debía yo volver al lado de mi papá, sino porque desde niña me persigue la desgracia. He aprendido en la escuela del dolor que toda dicha, toda felicidad es pasa-

jera, fugitiva y efímera. Te amo y te amaré hasta la hora de morir, hasta después de la muerte! Pues bien, no fío en tu cariño. . . . Acaso me olvides: ojos que no ven, corazón que no siente. . . . Todos los sentimientos son mudables, y el amor que yo te he inspirado, amor que hoy te parece firme y duradero, mañana, cuando ya no me tengas cerca de tí, cuando la pena que hoy te abate se disipe, ese amor irá languideciendo poco á poco, se extinguirá, y aunque conserves de tu Linilla gratos recuerdos, será preciso que pongas tus ojos y tu corazón en otra mujer. Pero, óyelo, óyelo: ninguna te amará como yo; ninguna tendrá para tí este amor que encadena mi alma á la tuya; amor que es mi dicha y desgracia. Se ha hecho dueño de mi corazón, le ha dominado por completo, y ahora, y siempre, será objeto de todos mis anhelos, consuelo mío en todas las horas de dolor.

—Angelina, no hables así! ¡Mira que me atormentas!

—Apura hasta las heces el cáliz del dolor. Padeces, sí, padeces; lo sé muy bien; tus ojos están húmedos. . . . Lloras; no te avergüences de llorar; pero no llores porque me voy; lloras porque me has de olvidar. Miras el porvenir triste y som-

brío, y te dices: “¡No hay esperanza!” ¿Y quién te asegura que esa obscuridad no se tornará mañana en espléndido día? Aunque crees que en la vida no hay más que tinieblas, la idea de plácido crepúsculo te hace sonreír, y cuando sueñas con días mejores, ya no piensas en tu Linilla, en la huérfana desventurada. . . . ¿A qué negarlo? ¿No es verdad que á solas, en la soledad de tu pensamiento, miras luminosos días de incomparable felicidad? Sí, y entonces. . . . ¡no piensas en mí! Tienes razón. A qué pensar en la infeliz muchacha á quien tanto amas, porque me amas, sí, me amas con toda tu alma! ¿A qué pensar en esta huérfana que no puede satisfacer tus ambiciones, ni corresponder á ese porvenir con que sueñas á todas horas? Rorró: no olvides lo que te digo hoy, en vísperas de separarme de tí: me olvidarás, y acaso muy pronto;—yo no te olvidaré!—Ya sé lo que vas á contestarme, ya lo sé; pero no lo digas, óyelo de mis labios: “Pues si estás segura de que te olvidaré, ¿por qué no rompes ahora mismo los lazos que nos unen?”

—Sí, Linilla, eso digo!

—¿Por qué? Porque tu amor es mi vida, y quiero vivir, quiero vivir, para amarte, para verte dichoso. ¿Quieres que yo misma aumente mis

penas? ¿Quieres que te olvide? ¡Si no puedo, si no puedo! . . . Déjame vivir engañada; deja que tu Angelina se crea dichosa. Presiento el desengaño, lo veo venir. ¡Qué negro! Pero no quiero que llegue, y busco en tus ojos luz de amor perenne, amor que no acabe, amor que viva siempre! . . . Una cosa voy á pedirte. . . No una, dos

—¡Cuanto quieras, Linilla!

—Primero: que si un día me olvidas, procure guardar en lo más hondo de tu corazón, allí donde no haya nada de otra mujer, un poquito de cariño para mí, un poquito nada más. . . . para que cuando padezcas y llores puedas decir pensando en mí: “¡Angelina, consuélame!”

—¿Y qué otra cosa?

—Otra. . . . —me respondió, sonriendo con la misma tristeza:—Esto. . . .

Y poniendo su trémula mano en mi cabeza alisó mis desordenados cabellos, y mostrándome unas tijeritas me dijo dulcemente, en voz baja, como si temiese ser oída:

—¿Corto?

—Corta.



XXXV

En vano charló el P. Herrera esa noche. Nos contó memorias de su vida estudiantil; pero no consiguió alegrarnos, y cuenta que el buen anciano tenía mucha gracia para conversar. Todos estábamos tristes. Él mismo, en cierto modo, participaba de nuestra tristeza. La enferma llamó á Angelina, y le dijo:

—Niña: ven á platicar conmigo; mañana te vas, y acaso no volverás á verme, porque, desengañate, hija, mi mal no tiene remedio! El Doctor dice que nervios; pero yo no creo nada de eso! El mejor día sabrás que me he muerto. . . . Pero, niña, no hablemos de eso; siéntate aquí, á mi lado. Voy á pedirte un favor. Mañana no te despidas de mí. Si Dios quiere darme algunos meses de vida, cuando vengas, después de Semana San-

ta, me verás. Y ya lo sabes, no irás á otra parte, no, porque nos darías un pesar muy grande. Ya sabes que esta es tu casa. Nosotras te queremos mucho, mucho, y vivimos muy agradecidas á tus bondades. Porque, dime, ¿qué necesidad tenías tú de convertirte en enfermera para cuidar de esta vieja achacosa? No, ya se lo dije al señor Cura, que cuando vuelvan á Villaverde vengan á esta casa, á esta pobre casa que es suya. Nosotras te queremos mucho, y Rodolfo lo mismo,—me lo ha dicho muchas veces—te quiere como á una hermana.

Y cuando llegó la hora de recogerse le dijo:

—¿Cerraste ya los baúles? ¿No? Pues mira: toma la llave, y abre mi ropero para que saques una cosa. Lleva la vela; yo te diré lo que quiero.....

Angelina la obedeció.

—¿No hay allí una cajita de laca, una cajita negra?... Pues, sácala. Ábrela, aquí, delante de mí. En ella encontrarás un paquete de retratos.

Angelina hizo lo que deseaba la tia Carmen. Era una colección de retratos de familia.

—Ahora, niña, toma uno mío, otro de Pepa, y otro de Rodolfo. De Rodolfo hay uno que no quiero darte, uno que ya conoces, de cuando era

chiquito, uno en que está jugando con un aro... Ese no. De los demás el que tú quieras.

Después le regaló unos pañuelos de seda y un abanico de laca.

—Este abanico no es de moda, lo sé bien, pero dicen que es una pieza de mucho mérito, legítima de China. Consérvalo como un recuerdo de nosotras. Nos escribirás de cuando en cuando, ¿no es verdad? Nosotras también. Cuando Pepa no esté para eso lo hará Rorró. Ahora, dame un abrazo, y acuéstate. Llama á Pepa. Me parece que el señor Cura ya está en su cuarto.

El sacerdote se había retirado á su habitación. Debía salir muy de mañana y no quería desvelarse.

Salí al corredor. Espléndida noche, una noche invernal por lo serena, limpia de nubes y pródiga en luceros, semejante á aquella que pareció participar de mi dicha después de que la joven me confesó su amor.

Sentado en un viejo sillón, que perteneció á mi abuelo, pensaba yo en Angelina. No la veríamos más en aquel patio ni en aquellos corredores, ni cuidaría de los pajarillos y de las plantas. Gaias, frondosas, al llegar la primavera, nuestras flores queridas, las que nosotros plantamos, de

las cuales esperábamos Linilla y yo pruebas maravillosas de amorosa fidelidad, no lucirían para mi amada sus perfumadas corolas; ninguna de ellas adornaría los negros cabellos de la niña. ¡Adiós alegría! Se iba con ella, y acaso para no volver más! Nos quedaríamos llorosos, abatidos, malhumorados, echando de menos á la pobre huérfana, cuya hermosa y modesta juventud habia sido para nuestra pobre casa, siempre triste y sombría, como un rayo de sol.

Silbaban los insectos nocturnos en lo más escondido de los follajes; los floripondios, mecidos por el viento, columpiaban pesadamente sus campanas de raso; el *huele de noche* no tenía aromas y el agua corría silenciosa por el sumidero del pilón. De pronto arreció el viento, me estremecí de frío, y cerré los ojos.

No sé cuánto tiempo estuve así, adormecido, abrumado de pesar. Me dolía el corazón. . . . Sentí que me tocaban en el hombro, y que me decían quedito, muy quedito:

—¡Rodolfo! . . . ¡Rodolfo!

Era Linilla.

—Ya todos se han recogido, —murmuró— y he venido á decirte adiós, porque no quiero verte mañana.

—¿No quieres verme?

—No; me sería imposible salir de aquí! . . . ¡No podría contener mis lágrimas! Finge que estás dormido; que estás enfermo; que no quieres levantarte, lo que sea mejor, pero no salgas!

—Siéntate aquí, á mi lado, en esta silla. . . .

—No, Rorró. Me voy, y no sé cuándo volveré. ¿Irás á verme? Sí. . . . ¿no es verdad? Me escribirás. . . . Llevo tu retrato, y lo miraré á todas horas, y leeré tus cartas hasta que me las sea de memoria. No dejes de escribirme, te lo ruego, y ámame, ámame como yo te amo! Piensa que he sido muy desgraciada; que estoy sola, casi sola en el mundo, porque el santo anciano, que ha sido para mí un verdadero padre, vivirá poco, y el día que me falte. . . . Antes de conocerte él era mi único amor, y me decía yo: mientras mi papá viva yo viviré, después. . . . ¿para qué? Ahora pienso en eso, y quiero vivir, quiero vivir para tí, para amarte, para ser amada! Te dije que me olvidarías, que me olvidarás. . . . No, Rodolfo, no me olvides! No me olvidarás. . . . porque no debes, no puedes olvidarme! ¡Tu amor ha sido la única felicidad de mi vida, y no puedo perderlo! ¡Siquiera eso para esta pobre huérfana! No; el cielo no permitirá que me olvi-

des. . . . ¿Verdad que no es posible? Piensa en mí; habla de mí, á todas horas, con tus tías, con señora Juana, con cualquiera! . . . Quiero estar siempre en tu corazón; quiero estar á todas horas en tu pensamiento; ir contigo á todas partes. Piensa en mí cuando trabajes, cuando leas, cuando reces. . . . ¡Hasta cuando duermas! . . . Sueña conmigo, sueña con tu Linilla! . . .

No pudo más. El llanto la ahogaba. Se echó en mis brazos, y reclinó su cabeza sobre la mía. Sollozaba. . . . Quiso hablar y no pudo. Tomó mi mano, la estrechó fuertemente, y me la besó con efusión infantil.

Después de largo rato de silencio hizo un esfuerzo, y fatigada, como si le oprimieran el pecho, me dijo, alargándome un objeto que sacó del bolsillo del delantal:

—Toma: es una medallita; la he llevado al cuello desde niña; me la puso mi madre, y me la he quitado para dártela. . . . Ahora, dime adiós, y perdona si mi cariño es causa de amarguras para tí! . . .

Iba yo á detenerla. Me apartó dulcemente, y se retiró paso á paso.

XXXVI

Volví entonces á mis paseos favoritos, todas las mañanas y todas las tardes, antes y después de ir al despacho del jurisconsulto. Recorrí otra vez las orillas del Pedregoso, y subí cien veces á la colina del Escobillar. En todos los álamos del río grabé las iniciales de Linilla, ó una sola letra, una *L*, para que me recordaran á cada paso el nombre de mi amada. Pero mi sitio predilecto era la peña más alta de la colina. Desde allí descubría yo las cumbres más elevadas de la Sierra. Detrás de una de ellas estaba el pueblo de San Sebastián donde moraba la pobre niña. Me pasaba yo largas horas en aquel sitio, siguiendo con mirada curiosa las nubes ó los jirones de niebla que iban hacia allá impulsados por el viento, y me complacía en con-

templar cómo se apagaban, poco á poco, en los picos de aquellas montañas, las últimas luces del moribundo día. De noche me echaba yo á vagar por las últimas calles de la ciudad, ó iba á sentarme en el cementerio de San Antonio, al pie de un ciprés, cerca del lugar en que Angelina me dijo, cuando le pregunté si me amaría siempre:

—¡Como hoy, como mañana, hasta después de muerta!

Desde allí se domina toda la parte meridional del valle, limitado por las montañas de la Sierra, sobre las cuales desplegaba el cielo de invierno sus incomparables constelaciones: Orión, el Can, y el Navío entre cuyos mástiles centelleaba el soberbio Canopo. Pero las noches oscuras eran más hermosas para mí. Volaba mi pensamiento á través de las sombras en busca de la humilde casa rural; me imaginaba yo que estaba allí, en la modesta salita, cerca del sacerdote, y al lado de Angelina. Asistía yo á la partida de ajedrez, y á la sesión de lectura. El anciano en su sillón; Angelina á un lado, cerca de la mesa, á la luz de una lámpara, con un libro en las manos. Si hasta me parecía oír aquella voz argentina, insinuante, sugestiva, que sonaba en mis oídos como el canto de una harpa eólica.

Algunas noches cuando la tempestad alumbraba con cárdenos reflejos las cumbres de la serraña, me complacía yo en admirar los fuegos de la tormenta, los relampagos que se sucedían sin cesar con el estrépito de mil truenos que, repetidos por los ecos, aumentaban la grandeza de aquel espectáculo celeste, como si á toda carrera cruzaran por el cielo cien trenes de guerra, al estallido de mil y mil cañones.

Se alejaba la tempestad; se despejaba el firmamento; asomaba la luna, y las nubes, antes aterradoras y negras, se convertían en blancos celajes orlados de plumas, de blondas, de argentados flecos; en veleros esquifes; en góndolas de nácar; en cisnes maravillosos de cuello enhiesto y alas erguidas, que bogaban en un golfo de aguas lípidas salpicado de estrellas.

¡Quién estuviera allí! ¡Quién bogara como ellos hacía esos valles perdidos en los repliegues de la cordillera! ¡Quién pudiera seguirlos en sus giros misteriosos! A esa hora dormían las aves, callaban los vientos, y sólo se oían en las vertientes, en los barrancos, en los desfiladeros, el aliento de las selvas, el pavoroso respirar de los bosques.

Una mañana se presentó en casa el doctor Sar-

miento; iba muy de prisa, muy de prisa; llamó á la puerta, y dijo á señora Juana:

—¿Rodolfo? ¿No está en casa? Pues ¡ea! decirle que le espero esta noche.... que le necesito.... ¿eh?

No me hice esperar. El facultativo estaba en su gabinete, hojeando no sé qué libracos.

—Vaya, muchacho, llegas á buena hora. Cenarás conmigo. Tengo buenas noticias para tí... Vamos, siéntate, charlaremos un rato. ¿Cómo están por allá? Pasando, ¿no es eso? Mal vamos hijo; doña Carmen anda mal, muy mal; la ida de esa chiquilla nos va á dar un disgusto. Ya lo sabes: alegría, distracción....

—¿Alegría?

—Sí, alegría!....

—En mi casa no puede haber eso....

—Pues mira lo que haces. Dile á tu tía Pepa que procure distraer á su hermana. El otro día llegué, y me las encontré llorando, llorando á lágrima viva. ¿Qué pasa?—pregunté—“Nada: que Angelina se fué!....” Pero ya verás, muchacho, como todo eso pasa! Lo que es ahora, cuando llegues... ya verás... ¡Buen rato vas á darles!

—¿Por qué, Doctor?

—Ya vino Fernández.... hablé con él, y me

dijo que el quince de Abril te espera en la hacienda. Mañana saldrá para allá con toda la familia.... Es cosa hecha; allí tendrás una colocación muy regular.... Avisa á Castro.... ¡No más alegatos! ¡No más chismes ni pleitos! Ya dije á ese caballero que no entiendes jota del negocio, pero que aprenderás. ¡Buena persona! ¡Muy buena persona! Procura verle mañana, antes de medio día; le darás esta tarjeta.... y.... ¡listo! Ahora: al comedor!....

Cuando llegué á mi casa me dió un vuelco el corazón. Entré, y tía Pepilla salió á mi encuentro:

—¡Rorró! ¡Rorró! Mira....—y me enseñaba una carta.

—¿Qué es eso?

—Mira.... ¡una carta!

—¿De Angelina?

—¡De Angelina!.... Vamos á ver qué te dice....

—Sí, tía; pero después de que yo la lea....

—¡Como tú quieras, Rorró!—contestó sonriendo.

Corrí á mi cuarto, encendí el quinqué, y, presa de hondísima emoción, lei la carta.

Mi tía pretendía en vano disimular su impaciencia.

—¿Qué dice?....

—Vamos, tía, calma, calma! Voy á leerla; pero que tía Carmen la oiga también....

Linilla había previsto el caso, y escribió dos cartas: una para que pudiera yo leerla delante de mis tías; la otra para mí... ¡Sólo para mí!

¡Con qué alegría recibieron las buenas ancianas la carta de la joven! Cuando acabé la lectura estaban llorando.

Quería yo estar solo, y corri á mi cuarto.... ¿Decirles que tenía yo empleo en la hacienda de Santa Clara? ¡Quién pensaba en eso!

La carta de Angelina decía así:



XXXVII

«Rorró:

Ya me imagino que estarás muy enojado conmigo porque no te escribí luego luego, como tú deseabas. Pero, mira: no fué por culpa mía: Llegamos muy tarde, y yo muy cansada, cansadísima, que toda ponderación es corta. Estos caminos son muy bonitos, lindísimos, y... muy pesados! ¡Qué cuestras! ¡Qué desfiladeros! Pero... ¡qué paisajes! Tú, que eres tan afecto á todas estas cosas, quedarías encantado. Por todas partes espesos bosques.... Parece que no los ha tocado la mano del hombre. Por todas partes siembras, ranchos y cabañas. Y de flores, ni se diga! He visto unas en los troncos de los árboles, y otras, enredaderas, que son para alabar á

Dios. Y eso que estamos todavía en invierno. ¿Qué será en Abril y Mayo?

Al otro día me puse á arreglar la casa. ¡Estaba atroz! Francisca no sirve para nada. La pobre está vieja y enferma, y ya no tiene fuerzas para estos quehaceres. No la saques de la cocina, porque no hará nada. Ya sabes que no soy perezosa; digo á trabajar, y.... ¡á trabajar! Ha quedado la casa lindísima, lindísima, porque el orden y el aseo todo lo embellecen. Cuando llegamos todo estaba triste y sombrío. Lo que es ahora da gusto pasear por estas piezas. Sólo yo no lo tengo para nada, porque la tristeza me mata..... A cada rato me dan ganas de llorar. Me escapo, me voy al jardín, ó á la iglesia, y allí, solita, sin que nadie me vea, lloro y lloro por tí. A veces creo que estoy sola en el mundo; que nadie me quiere; que tú ya no piensas en mí, en tu pobre Linilla.... Pero tengo ratos de alegría, muy dulces, cuando pienso en que me quieres mucho, mucho, y en que estarás taciturno, cabizbajo, melancólico y apesadumbrado por mi separación. Y me digo: «¡Mejor! ¡Mejor! ¡Que se apene! ¡Que padezca! ¡Eso será señal de que me quiere y piensa en mí!» Perdoname. El amor es egoísta. Deseamos la dicha

de la persona amada, y, sin embargo, nos complace que padezca y lloré como nosotros. ¿Verdad que estás triste, y que hasta tienes ganas de llorar, porque no estoy allí, á tu lado, y no me ves, ni oyes mi voz? Yo sí te veo, te veo á todas horas, y no en retrato. Entorno los ojos, y luego apareces delante de mí, igualito, como eres... Y te hablo, y me hablas, y eres conmigo muy cariñoso, muy tierno! Y me miras, y te miro..... Entonces soy dichosa, muy dichosa, y siento que soy la más feliz de las mujeres. Pero cuando me pongo triste y con ganas de llorar, entonces cierro los ojos y.... ¡no te veo! He dado en pensar, cuando esto me pasa, que en esos momentos no me quieres; que no piensas en mí; que me has olvidado; que soy un cadáver en tu memoria. Y esto me aflige, me acongoja, me llena de amargura. ¿Será cierto que á veces te olvidas de tu Linilla? Pues tu Linilla no te olvida, ni te aparta un momento de su memoria. ¿Será cierto que en algunos momentos vives para... otra? ¿Verdad que nó? ¿Verdad que sólo vives para mí?

Anteayer en la tarde salimos de paseo por las orillas del pueblo, que todas son laderas. Papá tomó asiento en una roca, y se puso á rezar el

oficio, y yo, entretanto, me eché por aquellos vericuetos, y subí y subí, hasta un picacho desde el cual se ve algo de los valles de Pluviosilla y de Villaverde. Llegué á la cima, y llegué fatigadísima. Es cierto que desde allí se dominan los campos de Pluviosilla; pero ¡ay! sólo un poquito, muy poquito, los cerros de Villaverde; nada más la punta del Escobillar. ¡Cuánto hubiera yo dado por ver, aunque fuera desde tan lejos, esa peña en la cual te sientas á contemplar la puesta del sol. Estaba el cielo muy limpio y despejado; ni una nube en esa región; y yo me decía: ¡quién fuera pajarito para volar hacia allá, y volar, y volar en busca de Rorró, de mi Rorró! Sentada allí, entre el follaje, estuve pensando en tí; pero con muchas ganas de llorar.... Era ya muy tarde; bajé, y á la bajada corté muchas flores, y como no puedo mandártelas, elegí un helecho que va dentro de esta carta. Lleva una cosita.... ¿á que adivinas? Te acuerdas que por la noche, cuando nos despedíamos, me pedías las flores que tenía yo en la cabeza? ¿Te acuerdas qué me decías?... Me da vergüenza escribirlo; pero tú me entiendes!... Escíbeme, Rorró. Escíbeme, alma mía; mira que si no me pones cuatro letras, aunque sean

cuatro letras nada más, me voy á morir de pena. No seas perezoso, Rorró. Tú eres muy perezoso, y aunque me quieres mucho, como yo á tí, eres capaz de no escribirme á tiempo, y el mozo vendrá, y no me traerá carta tuya, y tendré que esperar ocho días, ocho días, que serán para mí ocho siglos! Escíbeme; mira que estoy dispuesta á ir hasta el rancho de los Cedros á encontrar al mozo, para que me dé las cartas y los encargos. ¡Imagínate qué pena tendré si tú no me escribes!

Ya es muy tarde: acaban de dar en el reloj de la sala las doce de la noche, y no puedo seguir escribiendo. Ya escribí la otra carta, para que no te veas en el compromiso de leer ésta delante de tus tías, y así será en lo de adelante. Dos cartitas: una para tí y para todos, otra para....
mi Rodolfo.

Cuida mucho de tus tías, particularmente de doña Carmelita. Piensa que la pobre está muy enferma, muy nerviosa, y necesita cariño y amor. Ya les escribo cuatro renglones. Dile á doña Pepilla que si tiene entre manos alguna obra grande, que me mande los avíos; que yo la ayudaré aquí; que tengo mucho gusto en ayudarla; que me sobra tiempo y puedo emplearlo en eso.

Dime lo que haces, y en qué pasas el tiempo cuando sales del escritorio; dime si piensas en mí; si te acuerdas de tu Linilla que te quiere mucho, mucho, mucho, y sólo vive para amarte. ¡Adiós!

ANGELINA.

P. D.—¡Cuidadito con no escribir! Te castigo no vuelvo á pensar en tí.»




XXXVIII

La carta de Angelina fué para mi alma entristecida como el rayo del sol que disipa en valles y riberas las brumas que dejó la tempestad. Me sentí dichoso y feliz, feliz y orgulloso de ser amado. Algo como un soplo de primaverales vientos inundó mi alma y vino á reanimar mi desmayado corazón.

No quise recogerme sin escribir antes á Linilla. Todo reposaba en torno mío. Por la ventana, abierta de par en par, entraban los aromas del jardín; el agua corría silenciosa por el sumidero del pilón, y de cuando en cuando, anunciador de la estación florida, preludiaba un jilguero su amorosa serenata.

A media noche dejé la pluma, y leí, y releí mi carta: seis pliegos escritos por las cuatro carillas.